

No marcharon á la Pulla sin llevar algunos objetos que habían pertenecido á su Santo Fundador los Padres enviados á aquella región, sirviéndose de ellos en todas las ocasiones y con los mejores resultados. Cuando llegaron á Campi, el mes de enero de 1640, dirigióse á Tarento con un Coadjutor el P. Caputi, para comprar algunas provisiones en la feria de San Antonio. Llegaron primero á Civitella, y con la mayor caridad fueran hospedados por el gobernador del Castillo, Don Pappada, gran bienhechor de las Escuelas Pías. Hallábase aquel señor en el mayor apuro: estaba moribundo su hijo Don Jorge, desahuciado ya de los médicos. Uníanse al dolor de perderlo no pequeñas dificultades pecuniarias. Se había casado con una mujer inmensamente rica, y no habiendo tenido todavía hijos, veíase obligado con su muerte á devolver el dote á la familia de la esposa, y se había gastado ya una parte no despreciable. Después de oír aquel triste y doloroso relato, díjole el P. Caputi que tuvieran fe, pues lo curaría él con un remedio de su Padre General. Renació la confianza en el seno de aquella desolada familia, y sin decir al enfermo en qué consistía el remedio, puso un cabello del Santo en la primera poción que tuvo á mano, y la ofreció al enfermo, pidiendo á todos los asistentes que rezasen un Padrenuestro y un Avemaría para obtener de Dios la curación por los méritos del Bienaventurado. Retiráronse en seguida todos para comer, y cuando volvieron, lo hallaron profundamente dormido. Al día siguiente, dormía aún, cuando se pusieron en camino los Religiosos; y cuando se despertó se halló tan bien, que pocos días después salió á cazar. En la misma región de Campi, cayó gravemente enfermo temiendo por su vida los médicos, el clérigo secular, Francisco Giofrada, sobrino del P. Lenci. Desconsolado su tío, fué á verle, y supo que hacía dos días que no tomaba nada. Obligóle el P. Lenci á tomar un poco de pan del que había dejado el Santo, y que le habían dado en Roma, pero el enfermo no pudo ni probarlo. Puso entonces un poco en una copa de agua, y le convidó á tener gran confianza en el Santo que lo había tocado con sus venerables manos, haciendo rezar un Padrenuestro y un Avemaría, encomendándose á la intercesión de San José. Quedó curado de repente de tal manera, que al día siguiente pudo asistir á la clase de Teología, como si jamás hubiera estado enfermo.

Había conseguido en Roma el mismo Padre Cenci unos zapatos viejos de José. Ignoraba el Santo aquellos hurtos piadosos, y el uso que de ellos se hacía. De resultas de un parto muy difícil estaba en la agonía una pobre mujer, y el P. Lenci aconsejó á los padres de aquella que pusieran aquel zapato en el seno de la enferma, quedando al punto sana, y dando á luz con toda felicidad.

Con frecuencia se había visto obligado José á salir secretamente de Frascati, para substraerse á las demostraciones de veneración que le prodigaban los habitantes, considerándole

M^o BORDAS.

TYP. J. CLAYE.

S. José de Calazans á los 84 años resucita á un niño muerto, rezando con los discípulos una Salve.

como á Santo. Generalmente iba á aquella ciudad para la Pascua de Pentecostés, cuando los Religiosos y la Cofradía que había fundado, acompañados del Clero y de los Magistrados, llevaban en procesión solemne la milagrosa imagen de la Santísima Virgen. Una mañana del año 1640, la esposa del Sr. Blasi, caballero muy principal de la ciudad, tuvo la imprudencia de tomar á su niño para darle de mamar estando en la cama, se quedó dormida, y sin darse cuenta lo ahogó. Al despertarse, testigo de su involuntario crimen, no reconoció límites su dolor; pero levantándose inmediatamente, llevó el cadáver á San José para que lo volviese á la vida. No fué pequeño el apuro del Santo: por un lado veía en sus brazos aquel diminuto cadáver, y á sus pies á aquella madre loca de dolor: por otro, su compasión sincera veíase atajada por su humildad. ¿Qué haría? halló fácilmente un medio de conciliarlo todo. Primeramente trató de consolar á aquella pobre madre, que, dando tristes alaridos, se arrancaba los cabellos, para que no pusiese en conmoción á toda la casa, y después, infundiéndole confianza, hizola entrar en el Oratorio donde estaba la milagrosa imagen de la Virgen. Mandó que se reuniesen en el Oratorio todos los niños, y comenzasen á cantar la Salve, mientras presentaba á la Santísima Virgen el cadáver que tenía en los brazos. Acabada la oración, comenzó á llorar el niño, pareciendo que quería dar con sus gritos testimonio de su reconocimiento. ¡Milagro! gritaron la madre y todos los que allí estaban: «sí, milagro de la Santísima Virgen, respondió San José, que sabe bien servirse de los demás». A pesar de todas aquellas precauciones y de todos sus discursos para dar á sola la Santísima Virgen la gloria de aquel gran prodigio, no dejaron de atribuirlo á su propia intercesión. Vióse obligado á escapar de Frascati para librarse de las ovaciones, y se propuso no volver ya más; pero nada consiguió, porque pronto se extendió por Roma la noticia, y cuantos estaban en peligro de muerte, querían verlo para obtener la curación, ó á lo menos su bendición ó la promesa del Paraíso.

Por eso, recibidos los últimos sacramentos, lo mandó llamar el Canónigo Trivisani, para que lo bendijese. Púsole José la mano en la frente, y le dijo: «¿Cómo está V?—Estoy para dar el último suspiro, replicó el moribundo; pero espero conseguir la salud por sus oraciones, ó un santo fin, si me conviene más morir. Con gusto saldré de este mundo, después de recibir su santa bendición.» Contestóle José que estuviera seguro de que no moriría, y en efecto, cortóse de repente la fiebre, y quedó sano.

Exactamente parecido es el siguiente milagro á otro que hemos referido ya. En septiembre de 1640 escribió al Santo el príncipe de Vintillana, y entregó la carta al capitán Ibarra que se dirigía á Roma el mismo día. Mas, al ir á tomar la carta, no pudo encontrarla el capitán, hallando en su lugar la carta en que contestaba el P. General. Sorprendidos ante aquel mila-

gro el Príncipe de Vintimilla y el capitán Ibarra, hicieron inmediatamente una declaración jurídica ante el Cardenal Arzobispo de Palermo.

Estaban preparados también en Palermo muchos postulantes para dirigirse á Roma por orden del P. General. Se exceptuó al P. Cosme Chiara que tuvo que quedarse en la ciudad con no pequeño sentimiento, porque deseaba vivamente conocer á su Santo Superior, y vivir en su compañía. Súpolo José, y le escribió: «Llegará día en que, como otro Abrahan, »saldrá V. de su patria *in gentem magnam*, cuando lo llame Dios »para bien de la Religión. Entre tanto es necesario que se conforme con la voluntad de Dios, que todo lo dispone convenientemente». En efecto, en 1665, veinticinco años después, fué elegido Superior General el P. Chiara que fué al Capítulo General de la Orden restablecida ya como Congregación. El mismo obtuvo que el Instituto fuese elevado otra vez á la categoría de Religión, como lo era antes de la supresión, cumpliéndose así la profecía del Padre. *Faciam te in gentem magnam*..

Era objeto de gran veneración en toda la comarca la carta que San José había escrito al P. Ministro de Campi, y que fué causa de su milagrosa curación. Quiso Mgr. Pappacoda regalar algunos cabellos de San José á su hermano que estaba en Inspruck, y los entregó para llevarlos á un tal Simoni. Aceptó éste la comisión, pero con la condición expresa de que los Padres de Campi le confiarían la tan venerada carta antes de emprender tan largo viaje. Obtúvola el Obispo después de dificultades no pequeñas, y Simoni se embarcó con otros pasajeros. Mas sorprendidos por una horrorosa tempestad, los marineros comenzaron á gritar: ¡Sálvese el que pueda! Persuadiólos Simoni á que nada temiesen, y tocando las aguas con la bendita carta, calmóse de repente la tempestad, terminando con toda felicidad el viaje.

En lo más recio de las humillaciones de nuestro Santo, cuando, por permisión de Dios, lo abrumaban las persecuciones, y había interés en presentarlo como un viejo demente, aumentaba más y más aquel don de milagros y de profecías.

En el mes de abril de 1641 estaba gravemente enfermo el Hermano Ferrari, excelente coadjutor, y los médicos considerábanle en el último extremo. Tenía costumbre José de visitar á los enfermos dos ó tres veces todos los días, según la gravedad de su estado. Pidióle el enfermo perdón de sus faltas, suplicándole le diera su santa bendición. «No morirá V. todavía, le replicó »el Santo, quiero que continúe sirviéndome». Levantó la mano, y haciendo la señal de la cruz, dijo: *In principio erat Verbum*. Desapareció la fiebre, y pasados tres días estaba enteramente sano el enfermo. Ya en el año anterior había tenido en Frascati este mismo Hermano Ferrari las calenturas malignas, y los médicos le habían dicho que se dispusiera á morir como buen Religioso.

Este pobre Hermano dictó la siguiente carta al P. General: «Mi buenísimo Padre: me hallo próximo á morir: ruegue »V. P. al Señor para que me conforme con su santa voluntad». Inmediatamente contestó José al Superior de Frascati: «Diga »V. R. al Hermano que esté tranquilo, que no morirá todavía, »pues tiene que trabajar mucho aún, ya en Roma, ya para ayudarme». A petición del Hermano se puso aquella carta debajo de su almohada después de leída, y sanó.

Hacia veintitrés días que sufría de fiebre maligna en San Pantaleón el P. Barzanti. Desahuciado de los médicos, y fortalecido con los Santos Sacramentos, esperaba tranquilamente la hora. Fueron al Borgo dos Padres á pedir para él las oraciones y la recomendación del alma, y creyéndole ya muerto, celebraron dos misas por el descanso de su alma. Fué á verle San José, y le dijo bendiciéndole: «Tenga confianza V. R., porque no será nada». Tenía en efecto Barzanti la mayor confianza en los méritos y en el poder de su Santo Padre, y cesó la fiebre, luego que recibió la bendición.

Sufría horriblemente de un cáncer el incansable Hermano Vicente, y habiéndose extendido el mal á toda la mano, declararon los médicos que no había más remedio que la amputación, pues de otra modo, se extendería sucesivamente al brazo y á todo el cuerpo. Estaba desesperado el buen Hermano, no tanto por el sufrimiento de la operación, cuanto por la imposibilidad de servir en la casa, á que se vería reducido, si le amputaban el brazo. Fué á la sacristía á hablar con su Santo Superior, le manifestó su dolor, pidiéndole que le hiciera la señal de la cruz en la mano. Comenzó al punto á cerrarse la llaga, y pasados tres ó cuatro días estuvo curado enteramente.

En 1641, jugando en el balcón un muchacho de doce años, cayó desde el tercer piso sobre unos pedruscos de mármol, abriéndose la cabeza y quebrándose varios miembros. Sin esperanza alguna de salvarle, se contentaron los médicos con vendarlo, sólo por hacer algo. Llamaron inmediatamente á su confesor, el P. Chiara, que era su maestro, para que le administrase los últimos Sacramentos. Consoló éste á la madre que estaba desolada, la movió á tener gran confianza en su Santo General, y al marchar, le dejó un cabello de José, recomendándole que, cuando volviesen los médicos para curarle, pusiera la mitad en el cráneo abierto y la otra mitad en el brazo: eran las dos heridas más graves. No esperó la madre á los médicos, y quitando ella misma los vendajes, llena de fe, aplicó el remedio á las partes heridas. Quedóse inmediatamente dormido el niño, y al despertar, estaba enteramente curado. Cuando volvió el P. Chiara, los médicos no tuvieron más que quitar las vendas, dando testimonio de la curación súbita y milagrosa.

Cuando murió el Cardenal Guidi di Bagno, hijo de una de las Colonnas, agradecido siempre José á las bondades que en otro tiempo había tenido para con él aquella familia, escribió

una carta de pésame á su hermano el marqués de Bagno, general de los ejércitos de las Marcas y de la Romaña. Llena de sentimiento y de afecto aquella carta, terminaba así: «Deseo ver á V. E. elevado al honor de la Púrpura debida á sus méritos y á los de su casa». ¡Extraños votos dirigidos á un militar! Mas poco después, habiendo enviudado, recibió las órdenes el marqués, y más tarde llegó á la eminente dignidad.

En 1645, cuando eran mayores los pesares de José, decía la misa en el oratorio privado, asistiendo sólo el que le ayudaba. De repente oyó gritos desgarradores que partían de la enfermería. Enteramente conmovido preguntó al Hermano Ferrari qué sucedía. Era el Padre Guarnotti que la noche anterior se había caído de lo alto de una escalera, se había partido el cráneo, y privado de conocimiento y del uso de la palabra, daba aquellos gritos terribles que le arrancaba el dolor. Suspiró el Santo, levantó los ojos al cielo, oró por el enfermo, y los gritos cesaron de repente. Después de media hora llegó el médico, y asombrado al encontrarlo curado enteramente, exclamó: «Es un verdadero milagro». Aquel milagro descifraba otros verdaderamente inexplicables. ¿Como podía haber aún hombres que se atrevían á perseguir en aquellos momentos á tan poderoso siervo de Dios, abrumándolo de humillaciones, y suprimiendo su Orden?

El 22 de julio de 1646 fué atacada de la fiebre romana y en el tiempo en que es más peligrosa, la Marquesa viuda de Bischia. Hacía mucho tiempo que José era el maravilloso curandero de aquella familia, por lo tanto acudió á él la Marquesa como á su médico de cabecera. José la exhortó á que tuviera confianza, prometiéndole rogar por ella; pero al cabo de trece días se agravó tanto la enfermedad que el 4 de agosto, día de Santo Domingo, fué el General á decir la misa á la Minerva por la salud de la Marquesa Hortensia que estaba en estado gravísimo. A la vuelta entró en su casa y le dijo: «He celebrado por V. la misa en Santo Domingo, y le he pedido que le dé la salud: espero que lo hará así». El mismo día estaba sana.

Supo un sacerdote siciliano que acababa de ser hecho preso un pariente suyo presunto autor de un homicidio, y que estaba para ser condenado á muerte. Quiso partir de Roma inmediatamente para auxiliarle, si había tiempo aún, y antes que todo trató de recomendarlo á las oraciones de José. «Esté V. tranquilo, le respondió José, se ha justificado plenamente ante el tribunal, y ya está en libertad su pariente». En efecto, algunos días después recibía aquel sacerdote por correo la confirmación de aquella profecía.

En 4 de diciembre de 1647, dijo nuestro Santo al P. García, Superior entonces de San Pantaleón, que hiciera subir de la bodega un bocoy de vino y gran cantidad de leña, porque se desbordaría el Tiber, y se hallarian en los más grandes apuros. «Mañana lo haré, hoy es demasiado tarde». «No, replicó el

Santo, mañana ya no será hora». No titubeó un momento el Padre García, acostumbrado como estaba á semejantes profecías. Subieron las provisiones necesarias, se taparon con cuidado todas las barricas que quedaban en la bodega, y apenas acabaron la operación, comenzó una lluvia torrencial que duró toda la noche. A la mañana siguiente estaban inundadas la plaza Navona y todas las calles del barrio, y en la bodega flotaban en el agua las barricas.

Hay más aún: necesitaban pan para los cincuenta habitantes de la casa: y José aseguró que el Señor les proveería, pero que entre tanto convenía adquirirlo con el poco dinero que quedaba, porque poco después ya no podrían salir. En efecto, pronto quedaron interceptadas las calles, y el pan que se compró no tardó en ser consumido por tanta gente. Pasaba á caballo un Prelado á través de las aguas, y preguntando cuántos Religiosos había en aquella casa, dejó cien panes al saber el número. Pronto hizo José distribuir parte de aquel pan entre las casas de la vecindad, y cuando le dijeron que era imprudente ser tan espléndido en tan suprema escasez: «Dios, respondió, ha provisto á nuestra necesidad; justo es que proveamos nosotros á las necesidades de los demás: El se encargará de nosotros». Algunos días después, cuando estaban para concluirse los viveres, llegaron dos esportilleros cargados de pan y legumbres, con no poca admiración de los Padres. De este modo destruido ya el Instituto, y en los días próximos á su muerte, sostenía el santo anciano la confianza y la constancia de sus hijos tan expuestos al desaliento.

No sabemos si el lector estará cansado de estas historias tan semejantes entre sí. Nos han parecido indispensables para dar á conocer la santidad de nuestro héroe, y sobre todo, para explicar la inconcebible propagación de su Orden en tan pocos años. Por cierto, que no comenzó á existir en forma canónica hasta el 1622. En este año recibió la consagración solemne de la Iglesia, siendo San José nombrado por el Soberano Pontífice General por nueve años. En el corto período de los nueve años hallamos más de cien fundaciones desde Nápoles y Sicilia hasta las provincias hereditarias del Emperador de Alemania. Teniendo cada Colegio lo que llamamos nosotros primera y segunda enseñanza, supone esto más de diez Religiosos para cada uno, y vemos, en efecto, que había en San Pantaleón más de treinta. Quedamos muy cortos á falta de estadísticas exactas, suponiendo que las Escuelas Pías tenían entonces de mil á mil quinientos Religiosos Profesos ó Novicios. Tan rápido desarrollo manifiesta la especial protección del Señor, y son prueba de ella los numerosos milagros de San José. Es lo que hemos querido demostrar. Por lo demás, para que la magnitud de sus dones no elevase á su siervo, pronto comenzó para él, por la permisión de Dios, la era de las pruebas y de las tribulaciones de toda especie.



CAPITULO XVIII

PROPAGACIÓN DE LAS ESCUELAS (1)

MJOR que cuanto pudiéramos decir nosotros prueban las páginas que preceden, la estima en que se tenía al Instituto de las Escuelas Pías en todos los países que las conocían. Aunque temamos molestar al lector, enumeraremos todavía las incesantes peticiones de los príncipes, de las ciudades y de los prelados que, todos á un mismo tiempo querían nuevas fundaciones, valiéndose de todos los medios para conseguirlas. Se necesita esta información para hacer comprender bien el aprecio en que se tenía esta Orden Religiosa, y la ruina que le sobrevino de la misma rapidez con que se propagó. Hacia falta gran número de individuos; los Maestros de Novicios no eran todos igualmente prudentes. Cargado de años José; no podía ejercer sobre todos la vigilancia inmediata tan necesaria; de ahí las admisiones imprudentes, y las vocaciones no bien probadas. Aquí estuvo la causa fatal de todas las desgracias. Han pasado más de dos siglos, y sin embargo parece que escribimos una página de la historia contemporánea. ¡Cuántas Ordenes Religiosas han degenerado por la misma causa! Acosados por peticiones numerosas, han recibido á cuantos han llamado á sus puertas, y no han debido la salvación sino á la persecución de la más execrable de las revoluciones que las ha salvado persiguiéndolas.

Ya hemos visto que el primer ensayo de las Escuelas Pías se hizo en Santa Dorotea, al otro lado del Tiber, el año 1597, cuando tenía José 41 años. En 1599 se estableció en el campo de las Flores, hermosa plaza de Roma, donde se halla la Cancillería Apostólica. Aumentando las Escuelas cada día, las llevó en 1600 al pequeño palacio de Mgr. Vestri. Por fin, en 1612 las estableció definitivamente en San Pantaleón, donde las encontraron los piemonteses en 1870.

El segundo Colegio se fundó en Frascati (2) y el tercero en

(1) Todas las notas que siguen se han tomado de la geografía contemporánea: muchas de las ciudades nombradas han sufrido grandes cambios en doscientos cincuenta años; algunas han desaparecido por completo, y muchas, demasiado pequeñas, no se hallan en ninguna geografía.

(2) Frascati, en los alrededores de Roma, con 5045 habitantes.